

1 DICIEMBRE.

NÚMERO 9.

AÑO DE 1849.

EL ARPA DEL CREYENTE.



PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

RUINAS.

«Can only strangers breathe
The name of him that was benevolent
To all»
«Estranjeros solamente pronuncian el nombre del que allí estuvo sepultado.»
«Todos los que pasaban por el camino, alzaban su cabeza sobre la hija de Jerusalem, diciendo: ¿es esta la ciudad que perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?»

Artículo tercero.

REUNAMONOS á esas devotas caravanas que la religion conduce á Palestina. Detengámonos! Ese es el Egipto, el antiquísimo Egipto; saludemos esas soberbias pirámides, cuya punta se esconde allá en las nubes. Cien y cien siglos han pasado delante de ellas, y todavía permanecen en pie. Allí téngeis esas masas de piedra, bajo las cuales reposan cenizas há tiempo olvidadas; monumentos inútiles á los cuales ni aun se toma el trabajo de mirar la caravana del desierto, ni el beduino que surca el arenoso suelo con las pisadas de su fogosa yegua. Jamás el grito de alto ha resonado bajo su sombra, y los árabes dicen: la palmera y el manantial que hilo á hilo brota en el desierto son muy mas hermosos que todos esos montes labrados de granito.

Pero el Egipto huye detrás de nosotros y aparece la Siria, cuna del mundo, y pais de magníficos recuerdos. Aquí juzgaremos mas acertadamente de las vicisitudes humanas. Transportémonos con el pensamiento á la nevada cumbre del Líbano que domina esa Siria tan inquieta, tan bulliciosa en otro tiempo, tan triste hoy, tan solitaria. Veámos de allí á la naturaleza elevándose sobre las obras de los hombres.

Antiguamente las nieves del monte Líbano vertían raudales de fresquísima y transparentes aguas para la copa del opulento Tiro, los cedros afumados que coronan la montaña suministraban á la reina del mar, como la llama Herrera, mástiles y gobernalles para sus naves, el boj, el alóe y el sándalo que mas abajo la cercan, proporcionaban á Palmira madera para el ornamento de sus suntuosos artesanos, y las rosas que florecen á su pie, perfumes á Jerusalem para su templo.

Y hoy como siempre se corona el Líbano de cedros: el boj, el alóe y el sándalo reverdecen todavía, brotan las rosas en su asiento, y Tiro, Palmira y Jerusalem han desaparecido. En las tres ciudades como en Europa, como en todas partes, el mismo silencio, el mismo olvido, igual indiferencia; sueño completo de lo pasado que suele turbar de vez en cuando al trovador errante. En Palmira las ruinas son imponentes, grandiosas, sublimes; pero ruinas sin testigos, con toda la majestad de un sepulcral silencio; ni aun osa acercarse á ellas el árabe peregrino, ni á ponerse al abrigo del *Simpou*, ni á levantar los dátiles caídos de la palmera; porque en el templo del sol resuena el siniestro ahullido del chacal, y la liebre desentierra los cadáveres, y la serpiente se enrosca al rededor de las pilas tras derribadas.

En Tiro donde se atzabarríen palacios, y en

cuyo puerto atronaban las voces de todas las naciones congregadas, como las olas del mar borrascoso; aun se conservan algunas miserables cabañas, y allá sobre la roca la ciudadela desmantelada del capitán Bajá. Prestemos atención: el quejido de las olas que batien el arrecife, se confunde con el lúgubre canto del misero pescador, y con el aleteo del avestruz, que se cierne sobre el escollo.

Jerusalén... ¡ay! las ruinas de Jerusalén son las que dejan en nuestro ánimo más tristes y profundas impresiones. Ya, ni una sola voz nos resaca a la ciudad de David, de Jeremías y de Godofredo de Bullon; solo resaca el canto del árabe y la oración de Mahoma, y únicamente el Calvario nos habla de Jesucristo! A tan doloroso espectáculo no podemos menos de prorumpir bañados en lágrimas: ¡Jerusalén, Jerusalén! ¿dónde fué tu gloria y esplendor? ¿Qué viento de muerte ha soplado sobre tu frente? ¿Por qué tus hijos van errantes y medio desnudos, mendigando de puerta en puerta el pan del extranjero, y un rincón oscuro para reclinar su cabeza, mientras tu elevas en el desierto la frente sin corona?

¡Ay! Tú fulminaste una sentencia de muerte, y la muerte cayó sobre tu cabeza. ¡Ay! que tu vives para conservar indeleble el grande rucuerdo, la honda huella del Crucificado!

«¡Infeliz de tí! Las doncellas de Mahoma han venido á sacar el agua de las cisternas de las vírgenes de Judá. Donde lloraba Jeremías la cautividad de Babilonia, rotoza la gacela; tus fosos cegados están, tus murallas cien veces derruidas: mezquitas y minaretes han sucedido al templo de Salomón: ciudad del Profeta, ciudad del Señor, en tu seno retumba al áspero grito de los camellos, y la voz de los Muezzines que llaman á la oración profana!...»

Ya lo hemos visto: el mundo es un vasto sepulcro donde la muerte se burla de la vida: perece cuanto el hombre toca con sus manos, y se renueva como la yerba que marchita el viento invernal, y se reverdece con el aliento de la primavera; y torna á marchitarse y reverdecer hasta el fin del mundo.

Y qué! ¿debemos lamentarnos sobre esta miseria del hombre? ¿Debemos sentir la ruina de nuestras obras?

¿Qué? nosotros somos, hasta cierto punto, semejantes á las aves de paso. Ellas como los hombres edifican su nido en la tierra, y tienen que luchar igualmente contra los vientos y tempestades: al llegar el tiempo de la emigración, ambos tienden sus alas, las unas sobre las brisas del otoño, y los otros sobre las brisas de la muerte; pero luego importa muy poco al hombre que su morada se tambalee al embate del huracán, ni que se cubra de musgo y de yedra, y se desmoroñe y destruya; porque si la golondrina torna á su nido á la siguiente primavera, el hombre permanece por siempre en el seno de la eternidad.

UNA ESCENA DEL DILUVIO.

(DE GESSNER. TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN.)

Y a las torres de mármol yacian profundamente sumergidas; ya sobre la cumbre de las cordilleras corrían negras olas como montañas; ya solo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las aguas del diluvio. Horrible agitación corría en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subían á su cima, perseguidos por la muerte en las olas que les iban sin cesar bañando las plantas. Aquí se desprendían una ladera del monte, y cargada de hombres dando alaridos, se precipitaba con ellos en el espumoso piclago; allí reunidos los turbiones y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaba á salvar á su padre moribundo, ó arrastraban á la afligida madre con sus hijos en brazos.

Solo descendía exempto de la devastación el pico mas eminente de la cima, donde Semín, generoso mancebo á quien poco antes habia jurado eterno amor la mas virtuosa de las doncellas, se habia refugiado con su adorada Semira, y donde, en medio de la mas deshecha borrasca, se encontraban solos, porque la inundación habia acabado con el resto de los mortales. Avalanzábanse las olas á ellos, retumbaba sobre ellos el trueno, bramaba á sus pies un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvía, cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, é impelida por los aquilones, corría en busca de mas estragos.

Estrechó Semira á su amado contra su corazón palpitante, y vertiendo llanto que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: «Semín, amado mio, ya no hay salvación para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolación! ¡oh desventura! Cada vez se nos acerca mas nuestro fin. ¿Cuál de esas olas ¡ay! cuál será la que nos sepulte? Sosten, sostenme con tus brazos trémulos, amado mio: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ambos en el universal trastorno. Ahora... ¡Hacia aquí viene rodando...! ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. ¡Favor, ó Dios, Dios nuestro juez!» — Dijo, y cayó en brazos de Semín.

Cinó con ellos á la desfallecida amante, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente exterminio, sino solo á su dulce prenda reclinada exánime en su seno; y padeció por ella mas que con el horror de la muerte.

Besó entonces aquellas mejillas que tenía sin color la fría lluvia, y estrechóla mas fuertemen-

te diciendo: «Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelve á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme otra vez tu marchito labio que me amas hasta la muerte: otra vez, antes que la inundacion nos arrebaté.»

Volvió ella en sí cuando él enmudecía; dirigióle una mirada llena de indecible ternura y pena, y tendió luego la vista sobre el diluvio. «¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio, no hay misericordia que nos alcance? ¿Cómo se estrellan las olas! ¿cómo retumba el trueno! ¿Con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¿O Dios! Nuestros años corrian en la inocencia; Semir era el mas virtuoso de los jóvenes.... ¡Ay! ¡ay de mí! Todos los seres que ornaban de goces mi existencia, todos han perecido. Y tú la que me diste la vida.... ¡congojoso trance! Separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para vendecirme, cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo.... Semir, Semir, el mundo asolado y desierto sería para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios; y ¿no hay salud, no hay piedad para nosotros? Pero ¿qué dice mi corazón angustiado? Perdóname ¡ó Dios! ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?»

Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracan vencía, y dijo: «Sí, mi adorada, todo viviente ha sido arrebatado á la tierra; y en el estruendo de la devastacion ya no grita ningún moribundo. Carísima, carísima Semira mía, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida; todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo; vamos á perecer. La muerte sube y corre en torno de nuestras rodillas vacilantes; pero no, no esperemos como réprobos ese general destino! Moriremos! ¿Y qué fuera para nosotros, amada mía, qué fuera la vida mas larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un peñasco, de donde se desprende al mar cuando el sol asoma. Es fuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están mas allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame y esperemos así nuestra suerte. Pronto Semira mía, pronto nuestras almas volarán sobre estos estragos, entregadas al goce de una bienaventuranza inesplicable, volarán sobre ellos: tanto me atrevo á esperar. Dios mio. Sí, Semira, levantemos las manos al cielo, pues no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros, envía la muerte al bueno y al malo; pero ¡dichoso el que ha caminado por la senda de la virtud! No pedimos la vida, ¡ó infinitamente justo! Seamos comprendidos en tu sentencia; pero animanos con la celeste esperanza de aquel bien inefable que ya no puede turbar la muerte; y raja en buen hora el trueno, y brame la borrasca, y estrellense sobre nosotros las olas. Alabado sea el justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falleciente.»

El valor y el júbilo que reanimaron el sem-

blante de Semira le volvieron su hermosura; y alzando las manos entre la tormenta, prorumpió: «Sí, esa divina, esa inmensa esperanza, la siento ya toda: alabe al Señor mi labio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objetos de nuestro cariño, pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad: vosotros sois el inno de su justicia: destruccion, ven á nosotros.—¡Mira, amado mio! abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semir, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

Yo te abrazo, Semira, decía el joven; abrazada te tengo: Muerte, sé vien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!

Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.

E. J. HARTENBUSCH.



FRAGMENTO.

¿Por qué el consuelo dulce
Del bienhechor beleño
Que mi pesar aduerne
Helais con tal rigor?
¿Por qué turbais la calma
De mi tranquilo sueño,
Fantasmas de la noche
Que abulta mi temor?

¿Por qué infestais la atmósfera
Con vuestro aliento impuro?

¿Por qué vestís la luna
Con livido capuz?

Dejad que en ese espacio
Mefítico y oscuro,
Derrame alegre el cielo
Su bienhechora luz.

Dejad que de las flores

El trémulo incensario

Perfume con aromas

De indefinible olor,

Las auras silenciosas

Del místico santuario,

Abierto á la inocencia,

Cerrado al pecador.

¡Sublime altar del mundo,

Para el que Dios enciende

La llama bienhechora

Y el rutilante sol,

Y el cielo, en pabellones

Su velo azul estiendo,

Pintado con colores

De límpido arreból.

¡Templo maravilloso

Por cuyo espacio inmenso

Torrentes de armonía

Derrama la creación,

Y eternas espirales

De misterioso incienso

Que envuelven de dos mundos

La mística oración!

Reid con vuestros cantos

De eterna melodía,

Sonoras vibraciones

Del aura matinal!

Inmensurables órganos

De angélica armonía,

Que paz brotaís y amores

En mágico raudal!

Ay tristes los que gimen

En noche tenebrosa,

Los ojos fascinados,

Y esclava la razón;

Y pisan del pecado

La senda peligrosa,

De amargos sentimientos

Bañado el corazón!

Ay de esos que negaron

Tu espíritu divino,

Rey santo de los reyes,

Cordero de la cruz!

Y de la duda cruzan

El áspero camino,

Sin esperanza el alma,

Y el porvenir sin luz!

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.



LA HIJA

DE JEPHTÉ.

Bendito y alabado sea por siempre el Eterno!

Ha creado los cielos para que cuenten sus maravillas á la tierra, ora los haga fulgurar con las brillantes lumbreras del día, ora permita á la noche que los vele con sus misteriosos y encantados crepúsculos. Ha hecho la tierra para ostentar la pompa de su magnificencia, y ser loado por sus esplendores. Ha hecho al pájaro para que cante; las flores para que se abran á los besos perfumados de la primavera; los vientos para que vuelen en las llanuras; todas las cosas y todas las criaturas para que le alaben y bendigan en el goce feliz de la existencia que les presta. Solo el corazón del hombre es el que ha sido creado para alabar y bendecir igualmente su bondad, así en la dicha como en las lágrimas; así en la tristeza como en los placeres; así en la cumbre de sus venturas de un día, como en los abismos de sus desgracias también efímeras. Pues la vida del hombre en la tierra no es mas que un tránsito á su verdadera vida: y qué importa lo que llene este rápido tiempo!

Gloria á Dios!

Bendito y alabado sea por siempre el Eterno!

— 1. —

Al declinar una tarde de estío, tarde coimada de las blandas armonías del oriente, Seida, hija de Jephthé, vagaba con sus compañeras en las praderas balsámicas que se extienden á la sombra de las rocas de

Maspha. Jephthé llegado poco hacía de una expedición lejana, complaciase en seguir con su vista los menores movimientos de su hija adorada, dotados aun de las gracias de la infancia, y se decía en su corazón: — Dichosa es la juventud, porque ignora. Goza, goza, hija mía; embriégate con las delicias de la inocencia y de los años primeros.

La bella Seida solo había visto lucir diez y seis primaveras, y su corazón se abría al blando influjo de los placeres de la vida, así como la tierra que pisaba florecía al de los cálidos rayos del sol de la Judea.

— Cuán bella es la vida! decía la tierna virgen, aspirando las brisas acariciadoras de tan hermosa tarde, y el perfume de las flores, y los frescos aromas que de todas partes se exhalaban en torno de ella. — Cuán dulce es el canto de las aves! Qué florida la yerba! Qué puro y acarado se desliza ese manantial! Y ese sol que parte para ir á regocijar otros ojos, de que reflejos tan suaves colorea el horizonte! Las estrellas brotan despues una á una sembradas en el Cielo por la mano divina, así como en la primavera las flores de nuestros prados. Las unas nos envían sus trémulos rayos, las otras sus perfumes, y nosotros estamos colocados entre las flores del Cielo y las de la tierra para aspirar todos esos placeres. Ah! qué morada tan risueña es este mundo! la alegría y la dicha se exhalan de cuantos objetos nos rodean...

Y Seida jugueteaba con sus compañeras. Formaban danzas de encantadores grupos, y las animaban con sus cánticos, á los que respondían bandadas de pájaros que daban al crepúsculo sus últimos gorjeos. Y la luna trasmontaba las montañas, y el Cielo se ornaba de sus estrellados pabellones. Cantaba el agua y murmuraba el ramaje cadenciosamente; el viento ondulaba con dulce languidez. Todo respiraba paz y amor. Oh! las ilusiones del corazón felice de la juventud, al par que embellecen la naturaleza, hacen recibir de ella emociones inexplicables.

A veces interrumpía sus juegos y se acercaba á la fuente en que su padre estaba sentado bajo las palmeras; besaba su frente melancólica, recibiendo en cambio una tierna mirada, y luego continuaba sus cánticos; ó bien deteníase de repente, y contemplaba inmóvil la deslumbradora escena que la rodeaba, y su alma bebía en aquellas fértiles llanuras, en aquellos encantados paisajes del Oriente, una de esas venturas que embriagan el corazón en aquel momento infante en que se hallan enlazadas la infancia y la juventud.

Jephthé, taciturno y sombrío, permanecía inmóvil contemplándola: sus ojos de padre la seguran con una mezcla de orgullosa ternura y tristeza amarga. Una lágrima brillaba á veces en sus párpados. Despiertan tantos melancólicos recuerdos en nuestra alma los transportes infantiles! También hemos sido jóvenes, también hemos soñado la dicha, y esa dicha ha huido ante nuestros ojos, y solo el dolor nos ha acompañado fiel! El rostro de Jephthé, envejecido por las lu-

chas de su alma, mas aun que por la huella de los años, atestiguaba una vida triste y tempestuosa.

Peró la doncella triscaba alegre con sus compañeras sobre la yerba florida. Asemejábase á la tierna gazela que recorre selvas y oteros para gozar, cobrando nueva vida, de las libres auras. Luego, en un transporte de su infantil regocijo, vino á echarse en los brazos de Jephthé, y exclamó:

— Padre mio, por qué soy tan venturosa? Te he oído decir muchas veces que la tierra es una triste morada. ¿Cómo, pues, es todo aquí tan bello, y por qué nuestro corazón es tan accesible á la esperanza y á la dicha?

Jephthé estrechó á su hija entre sus brazos, y no la respondió más que con un profundo suspiro.

— Es quizá, porque así nos parecen las penas más amargas? dijo la joven estremeciéndose, advertida sin duda por algun secreto presentimiento.

— Seida, hija querida de mi tierna esposa Michol, tú eres joven como el pájaro que acaba de ver nacer las plumas de sus alas; él no conoce, como tú, sino el caliente nido en que ha pasado sus primeros dias; no sabe ni el rigor de los inviernos, ni la fuerza y la violencia de las tempestades. ¡Ojalá siempre te preserve el Cielo de comber las desgracias de que está sembrada la tierra!

Así como basta un soplo ligero de viento para lanzar una nube entre el sol y el paisaje que doraba con sus fúlgidos rayos, así las palabras de Jephthé han oscurecido toda la serenidad de Seida.

— Tristes son tus palabras, padre mio, dijo la doncella. ¡Ah! ellas despiertan en mi corazón sentimientos que siempre quieren cobrar vida en él, y que yo he logrado abogar en su cuna. Jamás te lo he dicho (pues la guerra y los combates te arrastran tan ameno lejos de mí); pero al través de este infantil regocijo que de continuo me embriaga, así como á la cigüeña despues de las vendimias, siento yo no sé qué inexplicable dolor, qué vago presentimiento esparcirse de repente en mi ser... ¿Cómo, pues, puedo sentirme á la vez feliz y triste?

— Ah! dijo Jephthé, el hombre en este suelo vive de venturosas memorias y funestos presentimientos. Recuerda confusamente su primer estado, tan hermoso, tan grande, que causara envidia á los ángeles rebeldes; y desmaya al considerar la falta que nuestro primer padre le ha transmitido.

Seida se puso pensativa.

— Y jamás podria, dijo, rescatarse ese pecado? y el hombre desterrado del Eden, y relegado lejos de su Dios, arrastrará siempre esa cadena á sus pies?

— Hija mia, aun es temprano; tiempo vendrá en que una grande victima anunciada al pueblo escogido de Dios, hajara á la tierra; ella lo espíará todo, y tornará al hombre el rango que ha perdido.

Nuestra raza, raza bendecida por Jacob, debe verla aparecer un dia de entre ella. Bendita sea por todos los que en ella esperan!

—¿Cuándo vendrá á rescatarnos? añadió la doncella.

—Aun está lejos el tiempo de esas maravillas; pero la esperanza nos ha sido ofrecida, y viviremos siempre fijo en la mente tan alto pensamiento.

—Oh! que venturosas serán las entrañas donde sea concebido! exclamó Seida, y una lágrima corrió de sus párpados; inclinó su cabeza sobre su seno, y una nube sombría se esparció sobre su frente.

Jephthé miró á su hija, bella, seductora y solitaria como la flor que crece en el flanco de una roca. Un suspiro se escapó de su pecho.

—Oh! sí, exclamó, tres veces dichosa y bendita la casa de que deba salir! A todo hebreo puede lisonjear la gloriosa esperanza de ser ascendiente del Salvador. Pero malhadada, tres veces malhadada la raza que deba extinguirse, sin dejar mas huella en su corto tránsito que la que deja el agua en la árida arena del desierto!

Y Jephthé parecia sumergido en una tristeza llena de ira y amargura.

—¿Por qué dices esas palabras, padre mio? dijo Seida tímidamente.

—Por qué? por qué? replicó Jephthé. Oh! bien puedes preguntarlo! Porque estamos desterrados, querida mia; porque hemos sido lanzados lejos de nuestra heredad, y de nuestra familia, y quizá nunca mis manos estrechen para tí los vínculos de una venturosa union.

—Lo sé, padre mio, lo sé... sí, estoy desdenada por aquel que... Pero, añadió, domando su dolor, no estamos todos espatriados sobre la tierra? Sí, la pena del destierro no es la de todos los hombres? Suframos sin murmurar ese á que ellos nos han condenado, como aquel que Dios nos impuso por el pecado de nuestros primeros padres. Valor, padre mio, no torneas á abrir todas las llagas de vuestro corazón, continuó la jóven, rodeando á su padre con sus brazos; ¿no me habeis prometido tantas veces olvidar á los ingratos que han causado vuestros pesares? Sí, me habeis dicho que mi ternura reemplazaria á todos los bienes que habeis perdido. Oh! dejadme, distraeros con mis tiernas caricias, y tambien con esos cantares que tanto amais.

Y la cándida virgen, enjugando furtivamente sus lágrimas, llamó á sus compañeras que se habian alejado, hizo las traer su arpa de marfil, y mezclando sus palabras á dulcissimas melodías, permaneció largo espacio celebrando los encantos de la naturaleza dormida, la armonía deliciosa de una noche estrellada, y los campos de la tierra feliz, que en vano Moisés deseara disfrutar. Dio gracias al Señor por haber permitido que su padre habitara aquel hermoso país, prometido tanto tiempo hacia á los hijos de Israel, y cuyo aspecto era tan seductor. Y poco á poco se calmó el pecho de Jephthé, antes alterado como un mal combatido por los vientos; y Seida vió brillar una lágrima en sus ojos.

—Hija mia, dijo, mi dulce Seida, tu presencia y tu

acento son grato bálsamo á mis dolores. Que el Eterno derrame sobre tí los dones de que ha privado á tu padre!—Y sus lágrimas corrían aun, pero sin amargura. Quizá la esperanza, una noble esperanza habia encontrado abrigo en su pecho, mientras que Seida le adornaba con sus cantos. ¿No es la música una lengua divina, cuyos acentos vibran en el fondo del alma como palabras misteriosas de ella sola comprendidas?

Y luego, cuando la noche hubo esparcido sus sombras sobre todos los objetos, dejaron las márgenes del manantial, y subieron á Masphá, á la ciudadela de negras almenas, donde el caudillo moraba.

II.

Quince años hace que Jephthé, amargado el corazón por un justo resentimiento, vive en las gargantas de las montañas de Galaad, en los confines del país de Tob.

Ha construido en lo alto de los peñascos una ciudadela inaccesible, y se ha rodeado de audaces compañeros. La mayor parte de estos son hombres turbulentos y sin ley ni hogar, gente malquista y desterrada de su tribu, como impura canalla. Jephthé los encontrara errantes como él en los lugares salvajes é inhabitados, poseídos de hiel y amargura contra sus semejantes, y los reunió, cierto desde luego de someterlos á sus órdenes, pues es hombre dotado de poder y dominación.

Cuando se hallaron en gran número:

—¿Quién nos mandará? exclamó un día la cohorte indomada.

—Aquel que haya recibido de los hombres mas ofensas, respondió un feroz benjamita que permanecía apartado con semblante acerbo; es menester que estemos seguros de encontrarle implacable para con nuestros enemigos.

—¿Y quiénes son vuestros enemigos?

—Todos los hombres.

Jephthé se sonrió con amargura.

Contó cada cual su vida pasada; vida de desórdenes y de violencias, de orgullo y crimen, cuya relacion hubiera hecho empalidecer á cualquiera otro que á Jephthé.

Este debía contar tambien su historia, y la causa de encontrarse, como ellos, fuera de su país natal. Hé aquí lo que el narró á aquellos hombres:

Habia nacido en Galaad, ciudad de las mas fuertes en la tribu de Manasés. Su padre, llamado Galaad, nombre igual al de su ciudad, era principe y señor de ella, y debía trasmitirse su poder al mayor de sus hijos. Pero Jephthé, su primogénito, el audaz Jephthé, no obstante su altivo corazón, era hijo de una mujer extranjera, de una cautiva, decían, que Galaad habia traído de algun combate, y que jamás habia obtenido los derechos de verdadera esposa. Una mujer

estranjera no podía ser la esposa de un hijo de Moisés. El dolor y la vergüenza abreviaron sus días, que todos habían sido tristes y azarosos: pocos años después Galaad había cesado de vivir.

Entonces los hijos de la esposa ante la ley, se habían hecho dueños de la ciudad, espulsaron á su hermano Jephthé de sus hogares; le desterraron, con su mujer desecha en lágrimas, y que después murió cercada de todas miserias, y con su hija, criatura aun en la cuna, riente y bolla en medio de las lágrimas que veía correr.

Le había sido, pues, preciso dejar su heredad, las riquezas entre las cuales había siempre vivido, y á todos aquellos de que él se creyó amado, aquellos que en su joven confianza él había querido con ternura, y el techo de sus padres y las cenizas de su madre calientes aun, para ir, pobre y despreciado de todos, á buscar un refugio en medio del desierto, y entre los animales salvajes; con la vergüenza en el corazón, y la necesidad de venganza por solo compañero de su destierro.

Al concluir su historia, el corazón de Jephthé parecía pronto á estallar iracundo, como en el día de la funebre partida.

— ¡Que él nos mande! exclamaron á una voz todos sus compañeros; este ha sufrido bastante para que nunca pueda dar cabida al perdón.

Y sin embargo, para hallar un caudillo implacable, quizá hubieran debido escogerle, no entre los mas ofendidos, sino entre aquellos de quienes los hombres tuvieran mas que lamentarse. Esos son, sí, esos son aquellos cuya venganza es sin misericordia.

No importa, ellos le han escogido.... Jephthé está á su cabeza, y le conduce por todas partes.

Bien pronto esta horda feroz se hizo el terror de las naciones vecinas, cuyas fronteras infesta. A menudo caen de improviso sobre los países de Moab y de Ammon. Los amorreos los ven también lanzarse sobre sus rebaños; roban sus vacas y sus ovejas; se apoderan de sus camellos cargados de ricos tejidos que conducen de los países lejanos, ó de las otras riquezas que el comercio les trae. Luego, después de estas expediciones, Jephthé lleva á sus guerreros á las montañas, en medio de las cuales él mora, como el águila en su guarida, rico, poderoso y temido de sus vecinos, y también de su país y de sus conciudadanos, que se dicen emperro, viendo que con ellos siempre es indulgente.

— ¡Oh! si estuviese con nosotros!...

Si estuviese con nosotros el enemigo no arrasaría en vano nuestro patrimonio; no en vano nos oprimiría!

III.

¿Pero por qué la faz del caudillo está siempre sombría como la noche? Todo prospera, no obstante, en torno de su morada; su poder aumenta, y todo se doblega ante su voluntad.... Pero quién sabe? ese corazón henchido de odio y cólera, ese hombre hostil á sus semejantes, estaba hecho quizá para alimentar otros sentimientos!... Cuando en la tarde queda solo, apoyado contra las almenas de su torre solitaria, se le ha oído gemir muchas veces.

¿Llora quizá á su familia y á la ciudad de sus padres, cuyas murallas puede á lo lejos distinguir en el horizonte? Tráe á su memoria á sus hermanos, los ingratos que le han desterrado de su corazón, y arrojado de su patrimonio? Empero, él se ha alzado de su oscuridad; se ha creado una vida de fuerza y dominación; mas poderoso es hoy que nunca hubiera podido serlo sin su indignidad, que lo ha hecho cuanto es; si ahora es dueño de ejecutar su omnimoda voluntad, sus enemigos son los que deben temer. Pero tal vez se lamenta de no poder emplear su talento, su fuerza, su poder en una santa causa. ¡Oh! las almas profundas tienen secretos que se guardan á sí mismas!

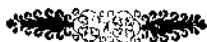
O bien, ¿no podría ser el orgullo herido el que extiende su maléfica influencia hasta el fondo de su alma? ¿No ruedan en su mente horribles proyectos de venganza contra aquellos de que harto arrostró la injusticia?

Cuando el dolor no se amengua con los años, se emponzoña y dá pábulo á las maquinaciones mas infernales. Cada día acrece en ferocidad y rudeza el humor de Jephthé.

En vano Seida intenta calmarle. Procura con su dulce rostro sonreír á su padre; con sus cuidados, con sus tiernas caricias intenta desarrugar aquella frente que las sospechas anidan. Canta durante la comida para alejar de él los pensamientos tristes; y su voz, dulce y melodiosa como la de los pájaros de la noche, su voz apaciguara las tempestades, y haría que los vientos acallasen para escucharla.

Pero cuanto mas encantadora está Seida, tanto mas Jephthé parece oprimido por agudos pesares. Ornata de perlas y brazaletes de oro de Ophir, despojos de sus triunfos. Una reina estaría celosa de sus brazaletes, collares y pendientes. Tráela de cada expedición bandas de la mas fina púrpura de Tiro, y los mas hermosos tejidos de Bozra, y las blandas y delicadas telas que se tiñen en Sidon. Pero que importa que ella sea rica y bella, y radié juventud é inocencia, si es preciso que esta flor celestial no brille mas que en un desierto!

— ¡Oh! exclamaba en su ulcerado corazón, mis manos no anudarán nunca para ella felices lazos? El



himno sagrado de las nupcias no resonará jamás en su oído? El hijo de mi hermano, el hombre que nuevas leyes le destinan para esposo, busca, lo sé, otra alianza; y mi hija, la hija de aquel que ellos han desterrado, se marchitará desdeñada por aquel cuya casa debía ornar.

Esta era, pues, la llaga siempre sangrienta del corazón de Jephthé. Y amenudo su pecho se alteraba al embate de su rabia: hubiera querido verter por todas partes el odio y la venganza que en él hervían. Y para acallar los sentimientos violentos que le acosaban, lanzábase en pos de nuevos azules, arrasaba el país, y se hacía cada vez mas temible á sus vecinos. Así el león herido por el cazador, esparce la carnicería y el espanto en las selvas, y no puede calmar su furor mientras que el hiesto agudo permanece hundido en su costado.

(SE CONTINUARÁ).

MOVIMIENTO LITERARIO.

Sancho García.

El martes 29 del pasado se estrenó en el teatro de la Cruz, con gran aplauso, una tragedia del Sr. Zorrilla, titulada *Sancho García*, fundada en el hecho verdadero ó falso, del envenenamiento intentado por la condesa de Castilla Doña Ava ó Doña Oña, para librarse del conde su hijo, y poder libremente ocupar el lecho de un mozo; este argumento habia sido manejado ya por Cienfuegos; pero la composición del Señor Zorrilla en nada se parece á la del trágico de la pasada época, porque ambas obras parten de un principio enteramente opuesto: Cienfuegos se propuso interesar á favor de la madre, y Zorrilla ha querido hacer interesante al hijo. *Sancho García*, como drama, no es una combinacion perfecta en cuanto al plan, porque el interés que ha excitado un primer acto muy bueno, decae en el segundo, á causa de que el personaje del conde, único que se lleva tras sí las simpatías de los espectadores, apenas aparece en la escena; pero como obra de poesía es la mejor del Sr. Zorrilla, y una de las primeras del teatro español: en *Sancho García* se hallan los versos mas iguales, correctos y dramáticos que hasta ahora ha escrito el autor del *Zapatero y el Rey*. Juzgando el drama con respecto á la moral, según conviene á nuestro periódico, vemos en él una madre envenenadora de su hijo, y medio dispuesta á apostatar de su ley, crímenes

espantosos ambos; pero que no pertenecen á la imaginacion del Sr. Zorrilla, sino al corazón de aquella señora, si son ciertos, ó al odio y maledicencia de algun enemigo, si son falsos: lo que pertenece exclusivamente al autor, es el pensamiento moral, religioso y dramático hasta lo sumo, de hacer que el hijo se resigne á pasar por envenenador de la condesa, cuya vida conserva en secreto, y que deje así para siempre manchada su fama por salvar la de su madre, y por expiar el con tan gran sacrificio la culpa de haberse rebelado en otro tiempo contra su padre. Este rasgo heroico produce un desenlace admirable, como lo es todo el acto tercero; pero su ejecucion y la de todo el papel del conde, es tan difícil que el Sr. Latorre, con toda la fuerza de sus facultades, ha necesitado tomarse un día de descanso despues del tercero de la representación, la cual no ha dejado nada que desear.

En el teatro del Príncipe se representó antes de anoche una comedia en tres actos, titulada en francés *A treize ans*, y traducida por el Sr. Vega con el título de *Por él y por mí*. Es pieza que divierte, que tiene un fin moral, que ha sido muy bien representada, y que por consecuencia ha agradado bastante, aunque no tanto como la *Escuela de las coquetas*, que nos parece harto inferior.

Uno de nuestros primeros literatos ha concluido un drama en cinco actos y en verso, titulado HONORIA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe á este periódico en Madrid á CUATRO REALES al mes en el Gabinete literario de la calle del Príncipe; en la librería de Villaral, calle de Carretas; en la de Denué y Hidalgo, calle de la Moutesa; en la de Poupart, calle del Arenal.

Y en las provincias á 15 reales por trimestre en los puntos siguientes:

Albacete, señor Herrero Pedron. Alicante, Carratalá. Avila, Aguado. Algeciras, Grimaldi. Almería, Gonzalez. Alcoy, Cabrera. Badajoz, viuda de Carrillo y sobrinos. Burgos, Villanueva. Barcelona, Piferrer. Córdoba, Beradi. Coruña, Perez. Ciudad-Real, Gonzalez. Gueiza, Torres. Cádiz, Montal y compañía. Cartagena, Benedicto. Figueras, Miejeville. Granada, Sanz. Guadalajara, Ruiz. Gerona, Grasses. Huesca, Castañera y Alegre. Huelva, Calvez y Palacio. Jaen, Maria Orozco. Jerez de la Frontera, Bueno. Lugo, Pujol y Macia. Lugoño, Ruiz. Jérica, Espinosa. Monlar. Málaga, Medina y Carreras. Murcia, Noguer. Orense, Gomez Novoa. Palma, Guay. Pamplona, Rijos. Ronda, Justo Fernandez. Salamanca, Moran. Santander, Riesgo. Santiago, Romero. Soria, Perez Rioja. Segovia, Brea. Sevilla, Santigosa. Santa Cruz de Tenerife, Ramirez. Talavera, Martinez. Toledo, Robello. Tudela Abadia. Valencia, Jimeno. Teruel, Jimeno. Valladolid, Rodriguez. Victoria, Ormigue. Zamora, Cebollaz. Habana, Redaccion del Faro industrial.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.